

¡Oh, hermanos! no puedo continuar hoy el espantoso relato. La mano me tiembla y los ojos se me llenan de obscuridad. Mañana lo sabréis todo.

## XXIX

Lorenza y Santiago aparecieron en el umbral de la puerta, medio vestidos, horrorizados.

Santiago, al ver el cadáver de María, cruzó las manos lleno de terror y de admiración. No esperaba una muerte tan inmediata. Fué a arrodillarse al pie del lecho y ocultó la cabeza en la sábana, que caía hasta el suelo. Una congoja terrible parecía anonadarle. No volvió a moverse, y yo no sabía si lloraba o no.

Lorenza, pálida, secos los ojos, se mantuvo en el umbral, sin osar acercarse. Se estremecía y volvía a otro lado las miradas.

—¡Muerta, muerta!—repitió en voz baja.

Y adelantó dos o tres pasos como para ver mejor. Hallábase en medio de la estancia, sola, en pie.

Yo continuaba estrechando al cadáver en mis brazos; cubríame con él, y me protegía contra Lorenza, que se acercaba.

—No se acerque usted—exclamé con dureza;

—no venga a mancillar a esta niña que duerme. Quédese en donde está. Tengo que juzgar a usted y condenarla.

—Claudio—me contestó con dulce acento,—déjame que la bese.

—No, no, los labios de usted están ensangrentados por los besos de Santiago; profanaría usted a la muerte.

Santiago parecía dormir, con la cabeza en la sábana. Lorenza cayó de rodillas.

—Escucha, Claudio—me dijo tendiéndome las manos,—no sé lo que ves en mis labios, mas no me hables con tanta dureza. Necesito consuelos.

Miré a aquella mujer que se lamentaba humildemente, y no conocí a Lorenza; temiendo cualquier debilidad, oprimí a María más estrechamente.

—Levántese para oirme—repuse.—Quiero acabar de una vez. Usted viene de casa de Santiago; aun tiene usted desordenado el cabello por sus caricias. No debería usted haber subido aquí. Se ha equivocado usted de puerta.

Lorenza se levantó.

—¿Es decir que me arrojas?—preguntó.

—Yo no la arrojé. Usted se ha arrojado a sí misma al aceptar otra morada. Quédese allá donde ha ido.

—Yo no he ido a ninguna parte. Estás equivocado, Claudio. No hay besos de nadie en mis labios. Te amo.

Adelantaba a paso lento, fascinadora, con los brazos extendidos.

—No se acerque usted, no se acerque—volví a exclamar con movimiento de espanto.—No quiero que me toque, no quiero que toque usted a María. Esta pobre muerta me protege contra usted; aquí

está, sobre mi seno, dormida, aquietándome el corazón. Siéntome intensamente destrozado. Habría tenido quizás la cobardía de perdonarla a usted, si hubiese usted ido a nuestra habitación, a arrastrarse a mis plantas, pues habría sido usted omnipotente conmigo, por este infame amor que la miseria y el abandono me han inspirado. Aquí no puede usted nada sobre mi corazón, nada sobre mi cuerpo. Tengo todavía en los labios el alma de María, su último aliento y su postrer beso. No quiero que la mancillada boca de usted me robe esta alma.

Lorenza se había detenido, sollozando, contemplándome al través de sus lágrimas.

—Claudio—murmuró,—tú no me comprendes ni me has comprendido jamás. Te amo. No he sabido lo que deseabas de mí, y me he entregado como me sabía entregar. ¿Por qué me arrojas? El mal no lo he hecho yo; si lo he hecho, me pegarás y viviremos todavía juntos.

Hallábame cansado; sentía que mi corazón manaba sangre y tenía prisa de que aquella mujer saliera. A mi vez me dirigí a ella en ademán de súplica:

—Lorenza, por compasión—le dije con mayor dulzura,—retírese usted. Si ha abrigado usted algún amor por mí, evíteme todo sufrimiento. Nuestra ternura ha muerto, y es fuerza que nos separemos. Vaya usted al mundo, a donde usted quiera, al bien, si es posible. Déjeme volver a encontrar mis esperanzas y mis alegrías.

Lorenza cruzó los brazos con desesperación y repitió muchas veces con extraviado acento:

—Todo ha concluído, todo ha concluído.

—Sí, todo ha concluído—contesté con fuerza.

Entonces Lorenza cayó al suelo, como una masa, y estalló en sollozos.

Paquerette, que tranquilamente había vuelto a tomar posesión de su butaca, la miró con curiosidad. La impura vieja no volvía de su asombro, cuscurreando unas pastillas que acababa de encontrar y a las que daba fin, ya que María no podía terminar la caja.

—¡Vamos, hija mía—dijo a Lorenza,—tú también haces la tonta. ¡Gran Dios, y qué bestias se han vuelto los enamorados! En mi tiempo se separaban con la mayor alegría. Piensa en que todo el provecho está de tu parte al separarte de Claudio. El lo consiente; pues toma la puerta y dale las gracias.

Lorenza no oía; golpeaba el suelo con los pies y con los puños, presa de una especie de crisis nerviosa. Medio vestida, se retorció anhelante, en medio de escalofríos que la agitaban por completo. Mordíase los cabellos que le caían en el rostro; lanzaba gritos ahogados, palabras confusas que se perdían en sus sollozos.

Mirábala yo de arriba abajo, aplastada y estremeciéndose; no sentía en mi interior ni compasión ni cólera.

Luego se enderezó a medias, y, con el rostro convulso, con la carne enrojecida y amoratada por las lágrimas, arrastróse hacia mí con las faldas retorcidas y colgando, y me gritó:

—Tienes razón, Claudio, soy una malvada. Prefiero decirlo todo; tal vez me perdonarás en seguida. Tus ojos han visto bien: mis labios deben de estar enrojecidos por los besos de Santiago. Soy yo la que ha ido en su busca; yo le he obligado a la traición. Soy mala.

Los sollozos le desgarraban el pecho. Subían del fondo de sus entrañas, en resoplidos enormes y penosos, que le hinchaban la garganta horriblemente, haciendo ondular todo su sér y esta-

llando en sus labios con gritos secos y desgarradores.

—No sé — decía.—Ignoraba que los besos de Santiago pudieran separarnos. Lo he hecho sin reflexionar, sin pensar en ti. Aburríame a veces por la noche, cuando venías a esta habitación. Entonces procuré distraerme. No sé darme cuenta de lo que ha pasado. Yo no te quiero dejar. Perdóname, perdóname.

A última hora, aquella mujer era todavía más impenetrable. No podía comprender a aquella criatura fría y postrada, nerviosa y suplicante. Un año hacía que vivía a su lado, y me era tan enigmática como el primer día. Habíala visto, alternativamente, vieja y joven, activa y adormilada, seca y amante, irónica y humilde; no me era posible reconstruir un alma con sus diversos elementos, y me quedaba mudo ante aquel rostro matizado, gesticulador, que me ocultaba un corazón desconocido. Quizás me amaba, obedeciendo a esa necesidad de amor y de estimación que se encuentra en el fondo de los más abyectos caracteres. Por lo demás, yo no trataba ya de comprender: adivinaba que Lorenza sería por siempre un misterio para mí, una mujer compuesta de obscuridad y de vértigo; sabía que viviría en mi sér como una pesadilla inexplicable, como una noche febril rebotante de visiones monstruosas e incomprendibles.

No la quería escuchar; sentíame aún en el ensueño, tenía miedo de ceder a la locura de las tinieblas y tendía con todas mis fuerzas hacia la luz.

Hice un movimiento de impaciencia, rehusando con un ademán, apretando los labios. Lorenza, postrada, apartó de la frente los cabellos; miróme al rostro, muda, indescifrable; carecía ya de sú-

plicas y las palabras le faltaban. Rogábame con su actitud, con su mirada, con su semblante trastornado.

Volví la cabeza.

Lorenza entonces se levantó trabajosamente y se dirigió a la puerta, sin quitarme la vista de encima. Quedóse por un instante erguida sobre el umbral. Parecióme agrandada, y a punto estuve de perder mi entereza, lanzándome a sus brazos, al ver que llevaba, en aquella hora postrera, los jirones del vestido de seda azul. Tenía cariño a aquel vestido y habría querido desgarrar un guiñapo de él para conservarlo como recuerdo de mi juventud.

Lorenza, retrocediendo siempre, entró en la sombra de la escalera, dirigiéndome la última súplica, y el vestido ya no fué más que una ola negra que se deslizó por los peldaños, estremeciéndose.

Estaba libre.

Me llevé una mano al corazón, que latía débil y acompasadamente. Tenía frío. Un gran silencio reinaba en todo mi sér, y me parecía que despertaba de un sueño.

Había olvidado a María, cuya cabeza descansaba aún apaciblemente sobre mi pecho. Paquerette, que dormitaba, se levantó bruscamente y acostó al cadáver en el lecho, cuan largo era, diciéndome:

—¡Mire usted a la pobre criatura! Ni siquiera le ha cerrado usted los ojos. Parece que le mira a usted y que sonríe.

María me miraba. Tenía un sueño de niña, una paz divina, una frente pura de virgen y de mártir. Sentíase dichosa por lo que acababa de oír, y se decía que nos hallábamos solos y que íbamos

a podernos amar. Cerréle los ojos para que se durmiera con aquel pensamiento de amor, y le besé los párpados.

Paquerette colocó dos bujías sobre una mesita, al lado del cadáver, y después volvió a entregarse al sueño, haciéndose un ovillo en el sillón. Santiago no se había movido; todas mis palabras, todas las de Lorenza habían llegado hasta él sin hacerle estremecer. De rodillas, con el rostro hundido en las sábanas, perdíase en algún pensamiento austero y terrible que le mantenía mudo, anonadado.

En la habitación reinaba ya el más profundo silencio. Las dos bujías despedían una claridad pálida que blanqueaba las ropas del lecho y el rostro descubierto de María. Fuera de aquel reducido círculo de luz, todo era indecisa sombra. En aquella obscuridad, distinguía vagamente a Paquerette dormida y a Santiago de rodillas. Me dirigí a la ventana.

Pasé allí la noche, en pie, frente al estrellado cielo. Miraba a María y miraba en mi interior; dominaba a Santiago y distinguía a Lorenza lejos, muy lejos en mi memoria. Mi pensamiento raciocinaba con lucidez; me lo explicaba todo y tenía plena conciencia de mi sér y de las criaturas que me rodeaban. De este modo pude ver la verdad.

Sí, Santiago no se equivocaba. Yo he estado enfermo; he tenido fiebre, delirio. Comprendo en el día, por el cansancio de mi corazón, cuánta debió de ser la violencia de mi mal. Sintíendome orgulloso de mi sufrimiento, pienso que no he sido infame, que mis desesperaciones no eran sino las rebeldías de mi corazón, indignado de la sociedad en que lo había descaminado. Siéntome inhábil ante la ignominia; no sé aceptar los amores vul-

gares; no tengo la tranquila indiferencia necesaria para vivir en este rincón de París, donde la hermosa juventud se revuelca en el cieno; habríanme hecho falta las costumbres puras, la ilimitada campiña. Si hubiese encontrado una virgen, me habría hincado de rodillas para darme por completo; habría sido puro como ella, y, sin lucha, sin esfuerzo, nos habríamos unido y habríamos satisfecho nuestras caricias. La vida tiene sus fatalidades. Una noche encontré a Lorenza con el seno al descubierto; tuve la imprudente confianza de vivir junto a aquella mujer, y llegué a amarla, a amarla como a una virgen, con todo mi corazón, con toda mi pureza. Ella me devolvió mi cariño en sufrimientos y desesperaciones; tuvo la vileza de dejarse amar, sin llegar a amarme nunca. Me despedacé ante aquella alma muerta, por querer hacerme comprender. Lloré como un niño que quiere besar a su madre, alzándose sobre los piecitos, por no poder alcanzar al rostro de la que es toda su esperanza.

Estas cosas me decía en aquella noche suprema, y me decía además que vendría un día en que pudiera hablar y hacer ver la verdad a mis hermanos, corazones de veinte años. Veía una gran lección en mi juventud perdida, en mis amores destrozados. Todo mi sér repetía: ¿Por qué no permaneciste allá, en Provenza, entre las altas hierbas y bajo aquel resplandeciente sol? Habrías crecido en honor, en fuerza. Y cuando viniste aquí en busca de vida y de gloria, ¿por qué no te escudaste contra el lodo de la ciudad? ¿Por ventura no sabes que el hombre no tiene dos juventudes, ni dos amores? Erate preciso vivir joven en el trabajo, y amar en la virginidad.

Los que aceptan sin lágrimas la vida que he llevado durante un año, no tienen corazón; los

que lloran como yo he llorado, salen de esta vida con el cuerpo destrozado y el alma moribunda. Precisa matar a las Lorenzas, como decía Santiago, ya que ellas matan nuestro cuerpo y nuestros amores. Yo no soy más que un niño que ha padecido, y no quiero predicar aquí; mas dejo ver mi pecho vacío, mi sér dolorido y sangriento, y deseo que mis llagas horricen a los jóvenes de mi edad y les detengan al borde del abismo. A los que se muestran sedientos de luz y de pureza, les diré: "Tened cuidado, que entráis en la obscuridad, en la mancilla." A aquellos cuyo corazón duerme y que están dotados de la indiferencia del mal, les diré: "Ya que no podéis amar, tratad al menos de permanecer dignos y honrados."

La noche estaba clara y yo veía hasta a Dios. María, rígida ya entonces, dormía con pesadez; la sábana presentaba largos pliegues, duros y secos.

Yo pensaba en la nada, en que tendríamos gran necesidad de una creencia, nosotros los que vivimos con la esperanza del mañana y no sabemos lo que el mañana será. Si hubiese yo tenido, en el cielo, o en otra parte, un Dios amigo, cuya mano protectora hubiese sentido, tal vez no me habría dejado llevar del vértigo de una mala pasión; habría hallado siempre consuelos en medio de mis lágrimas; habría empleado mi excesivo amor en la oración, en vez de no poder darlo y sentir que me ahogaba. Habíame abandonado porque sólo creía en mí y porque había perdido todas mis fuerzas. No siento obedecer a mi razón, vivir libre, sin tener otro respeto que el de lo verdadero y lo justo. Sólo que, cuando la fiebre se apodera de mí, cuando tiemblo de debilidad, tengo miedo y me convierto en un niño; querría verme amenazado por una fatalidad divina, extinguirme, dejar obrar a Dios en mí y por mí.

Y pensaba en María, preguntándome dónde podría hallarse su sér en aquel instante. En la gran naturaleza, sin duda. Me imaginaba que cada alma se dirige al gran todo, que la humanidad muerta no es más que un hálito inmenso, un solo espíritu. En la tierra nos hallamos separados, nos ignoramos y lloramos por no podernos reunir; más allá de la vida existe penetración completa, unión de todos con todos, amor único y universal.

Miraba al cielo. Parecíame ver, en la inmensidad tranquila y sosegada, el alma del mundo, el eterno sér compuesto de todos los séres. Entonces saboreé una gran dulzura; acababa de ir más allá de la curación, hallábame en el perdón y en la fe.

Hermanos, la juventud me sonreía aún. Pensé que un día nos encontraremos unidos los cuatro, María y Santiago, Lorenza y yo; nos comprendremos, nos perdonaremos; nos amaremos sin tener que oír los sollozos de nuestros cuerpos y gozaremos de sublime paz, cambiando aquellas caricias que no podíamos ofrecernos cuando vivíamos en cuerpos diferentes.

La idea de que existe una mala inteligencia en la tierra y que todo se explica en otra parte, me consoló. Me dije que esperarí a la muerte para amar.

Manteníame en pie, junto a la ventana, a la faz del cielo, frente al cadáver de María, y poco a poco una frescura suave, una esperanza sin límites me llegaban de aquella joven muerta y de aquellos espacios soñadores.

Las bujías iban extinguiéndose. La habitación ofrecía un silencio cada vez más grave y las sombras se agigantaban. Paquerette dormía. Santiago no se había movido.

Levantóse bruscamente y miró con miedo a su alrededor. Vile inclinarse sobre el cadáver para besarle en la frente. La helada carne le produjo

un estremecimiento. Entonces se percató de que me hallaba yo allí; vacilante, se me acercó y me tendió la mano.

Yo miré a aquel hombre, a quien no me era dado comprender, que me parecía tan oscuro y tan impenetrable como Lorenza. Ignoraba si me había engañado, o si había querido salvarme. Aquel hombre había venido para destrozarme el corazón, pero yo había esperado, había perdonado. Toméle la mano y se la estreché.

Entonces se fué, dándome gracias con la mirada.

A la mañana siguiente, me encontré al borde del lecho de María, de rodillas, llorando aún, mas con lágrimas dulces y suavizadas. Lloraba a aquella pobre niña, a quien la muerte había arrebatado en la primavera de su vida, ignorante de los besos del amor.

## XXX

Hermanos, me voy con vosotros. Parto mañana para nuestras campiñas. Deseo beber nueva juventud en nuestros dilatados horizontes, en nuestro sol ardiente y puro.

He tenido un orgullo sobrado grande; me he creído formado ya para la lucha, cuando no era sino un niño débil y desnudo de todo. Tal vez permaneceré siempre niño.

Confío en vuestra amistad, en mis recuerdos. A vuestro lado recordaré los días que fueron, me tranquilizaré y acabaré de curarme el corazón. Iremos a las llanuras, a las orillas del umbroso río; volveremos a la vida de nuestros diez y seis años, y olvidaré por tal modo el año terrible que acaba de transcurrir. Me veré todavía en aquellos días de ignorancia y de esperanza, cuando nada se me alcanzaba de la realidad y cuando soñaba un mundo mejor. Volveré a ser joven, creyente, y podré empezar de nuevo la vida, fundándola en nuevos ensueños.

¡Oh! siento que todos los pensamientos de mi juventud me vuelven en tropel, y me hinchen de fuerza y de esperanza. Todo había desaparecido en la noche en que había entrado; vosotros y el mundo, mi trabajo de cada día y mi futura gloria. Vivía sólo para una idea única, amar y sufrir. Hoy día, en mi sosiego, siento despertarse, uno por uno, aquellos pensamientos que reconozco y a los cuales deseo la bienvenida, enternecida el alma. Estaba ciego. De nuevo veo claro en mí; el velo se ha desgarrado, y encuentro el mundo tal como lo había dejado, de amplitud inmensa para la juventud valerosa, luminoso y rebosante de aplausos. Voy a reanudar mi trabajo, a adquirir nuevas fuerzas, a luchar en nombre de mis creencias, en nombre de mis amores...

Hacedme lugar a vuestro lado, hermanos. Bañémonos en el aire puro, en los campos resplandecientes de sol, en nuestros vírgenes amores. Preparémonos para la vida, amándonos los tres, cogidos de las manos, libres bajo el cielo infinito. Esperadme, y haced que la Provenza sea más dulce, más alentadora para recibirme y para devolverme la infancia.

Ayer, cuando delante de la ventana, ante el cadáver de María, me purificaba en la fe, vi que el cielo, lleno de oscuridad, blanqueaba en el horizonte. Toda la noche había tenido ante los ojos los oscuros espacios, salpicados por los resplandores de las estrellas; en vano había ondeado lo infinito del sombrío abismo, espantándome ante aquella quietud inmensa, ante aquella nada insondable. Aquella quietud, aquella nada, se iluminaron; las tinieblas vibraron y se replegaron lentamente, dejando ver sus misterios; al terror de la oscuridad sucedió la esperanza de la claridad naciente. Todo el cielo se inflamó poco a poco, dejando ver matices rosados, dulces como sonrisas;

abrióse a la pálida luz, mostrando a Dios en esa hora matutina y transparente. Y yo, solo, en presencia de aquella desaparición de la noche, del nacimiento aquél, lento y majestuoso, del día, sentí en el corazón una fuerza juvenil, invencible, una esperanza inmensa...

¡Hermanos, era la aurora!

FIN



ÚLTIMAS PUBLICACIONES de la Casa Editorial

Gassó Hermanos.-Sta. Teresa, 6-Barcelona

**Nick-Carter**

El Enigma chino.  
El Ataud vacío.  
Los Crímenes sin rastro.  
El Círculo de pillos.  
En las garras de la muerte.  
El buitre y su presa.  
La carta del muerto.  
El ladrón de levita.  
La reina de los falsarios.  
Geisha.  
La Impostora.  
El cuadro robado.  
Los salteadores de trenes.  
Los monederos falsos.  
La loca secuestrada.  
La promesa del detective.  
Los crímenes de un cajero.  
Astucia y crimen.  
Los hermanos gemelos.  
El falso heredero.  
El guardián del tesoro.  
El crimen de una mujer.  
La enemiga implacable.  
La casa de los fantasmas.  
La mujer policía.  
El muerto vivo.  
La mano misteriosa.  
El discípulo del diablo.  
La hija del muerto.  
Curry el bandolero.  
Los bandidos de Porter's  
Pool.  
Lucha de detectives.  
La cuadrilla de espías.  
El peligró de una nación.

El rubí del rajá.  
Los nihilistas rusos.

**E. Zola**

Teresa Raquin.  
Los misterios de Marsella.  
Magdalena Ferat.  
La taberna.  
El mandato de una muerta.  
Una página de amor.  
La confesión de Claudio.  
La conquista de Plassans.  
El delito del Padre Mouret.  
La Ralea.  
La fortuna de los Rougon.  
El vientre de París.  
Su excelencia Eugenio Rou-  
gon.  
Cuentos á Ninon.  
Nuevos cuentos á Ninon.

**C. Braemé**

Dora.  
Azucena.  
Leonor.

**J. de Guevara**

Pensamientos para postales

